

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 22 de Diciembre de 1898

Núm. 422



EN LA PLAYA

Lo de Curro Vargas

Conviene hablar del pleito que se ha entablado con motivo de la obra escrita por los señores Dicenta y Paso. Yo no diré si está inspirada en la inimitable novela de Alarcón que lleva por título «El niño de la Bola», aunque si así resultase, fuera mala inspiración la de esos señores; y no lo diré, porque no ha pasado el libro por mis ojos. Hay quien habla de no sé qué romance que ofrece el mismo ó muy semejante tema; hay quien aduce que don Pedro Antonio bebió en las fuentes de la realidad; que es hecho observado, al alcance de cualquier curioso, el que da margen al bellissimo estudio, y hasta que si Paso es andaluz. Pasemos por todo y advirtamos que los autores de Curro pregonaron públicamente que su trabajo se inspiraba en el libro de un ilustre novelista. No hay modo de escapar al renuncio, porque una vez hecha la declaración no valen las tornas, y el novelista ilustre está claro y en la conciencia de todo el mundo que no puede ser sinó el padre de «La Pródiga».

El pleito en ese punto queda fácilmente sustanciado, y lo que importa discutir no es eso. ¿La voluntad de Alarcón era que no se trasladasen al teatro sus obras, que no hubiera arreglos, ni *traspasos*,

ni siquiera inspiraciones, en que él sin duda no creía? (Ni yo tampoco). Pues la voluntad del poeta debe respetarse. Es sagrada, no sólo porque es de un muerto, sino en cuanto á voluntad, aunque él viviese, como ejecución de un derecho reconocido por la ley. Me hizo sonreír la indiscreta curiosidad de no recuerdo qué revistero preguntando á la viuda si había alguna cláusula del difunto que determinase tal prohibitoria. Es que aquí, en España, estamos acostumbrados á que se respete á cualquier ciudadano forrado de billetes que levanta una casa, y no al inteligente obrero que edifica con materiales de su inteligencia. Se figuran muchos que á la imaginación le ocurre lo que al mar, que por ser tan inestable y movedizo no tolera mojonos; ¿cómo (piensan algunos) podemos tomar en serio á esos propietarios de palacios azules construidos en lo ideal? Y creen que basta con un soplo para derribar, no los derechos, sino hasta las maravillosas creaciones, levantadas á hombros (como las del Hércules de la fábula), de los escritores. ¡Estúpidos! ignoran que no hay libras esterlinas, ni francos, ni doblones que paguen las ideas, y que el oro y la plata y las piedras preciosas, no relucirían tanto si Dios apagase de pronto su luz en los fanales humanos, esto es, en los cerebros. Las ideas tienen algo de impalpable, sutil y etéreo como las almas, y son también como el sol que fecunda los campos y da color á todos los objetos, y son además como el rayo que destruye. No despreciéis al intelectual, porque se le caiga á pedazos la ropa y él se desmaye desfallecido en el arroyo: quitaos el sombrero que



— Esos poetas comparan á la mujer con la flor, y me parece...

pasa un rey sublime, con potestad para levantar los mundos de la civilización, á veces soplando pompas de espuma.

Pues digo que es más sensible aún que los mismos escritores disputen sobre caso tan sencillo, y no me refiero á Dicenta y Paso, sino á otros más... ¿cómo diré? más conspicuos. ¿En un país en dónde no hay litigios sobre la propiedad intelectual, y cuando los hay caen como cosa del otro mundo, rara, en la mesa de los escribanos? ¿En un país donde yo he oído afirmar á cierto editor que podían reproducirse impunemente los artículos, ¿porque los escritores ya habían cobrado su trabajo, y por tanto era justo que manos ociosas se aprovecharan de él? ¿No es eso la negación más rotunda del derecho de propiedad intelectual? Es más: es blasfemia horrible contra el derecho, puesto que al autor se le niega lo que al primer zascandil que lo intente se le reconoce, sin esfuerzo ni sacrificio alguno, toda vez que el de editar ya lo recompensa el público, y si hay quiebras son las naturales de todo negocio, ajenas en absoluto á la intervención del artista.

Lo peor no era que el tal editor lo dijese, sino que lo hiciera como lo hacen otros muchos. Del mal que esta teoría, muy popular en España, produce hablaré en otro segundo artículo, porque es muy conveniente insistir y útil no dejarlo de la mano; en este sentido me pareció que debía tomar nota del pleito del «Curro». Naturalmente, es El Niño de la Bola, obra que... más vale dejarla como está. Los que hablan de mejoras me parecen exageradamente graciosos. No se mejoran las traducciones por correctas, nimias y notables que sean. ¿Mejorar El Niño de la Bola? ¡Y Dicenta, aunque se le haya aplaudido su Juan José! Lo dicho, señores, estamos de muy buen humor [en esta tierra. Ya he dicho, porque siempre soy franco é ingénuo, que no he visto el Curro en cuestión; será notable; concedo que pueda ser la última palabra del teatro; pero ¿mejoría? ¡Pobre «Niño» si estaba enfermo!

Después, mejorado ó no, lo que conviene, lo que importa, para que se nos mire con más respeto, es que se obtengan precedentes, que el derecho reconocido en las leyes se confirme con la fuerza que da el hecho consumado, y... respétese el deseo de Alarcón y el de los que legítimamente representan su propiedad.

J. F. LUJAN



¿Quieren ustedes abrigarse?

Reutlinger

Episodio vulgar

—¿Y de Román que se sabe? — preguntá-
bale á doña Obdulia todas las veces que la
casualidad nos ponía frente á frente, cosa
muy frecuente, por vivir una y otro en la mis-
ma casa; ella en el cuarto, primera y yo en
el tercero, segunda.

—Pues verá usted... hace ya un mes que
no recibo carta suya y la verdad... empiezo
á estar con cuidado, con mucho cuidado.

Y el rostro de la buena señora se cubría de
una nube de tristeza.

—Pues verá usted: hace poco tuve carta y
me dice que está tan bueno y tan contento.

En este caso, el semblante de doña Obdu-
lia irradiaba una satisfacción inmensa que le
salía por la boca, por los ojos y hasta por los
dedos siempre en movimiento.

Un día mi habitual pregunta la hizo pro-

rrumpir en llanto en medio del rellano en
donde nos encontrábamos.

—¡Ay!... mi pobre Román... — balbuceó
luego con voz entrecortada por los sollozos
—de fijo que está enfermo, muy enfermo...
tal vez muerto... si no fuera así, habría ya
escrito y hace ya tres meses, tres, si señor,
que no tengo carta suya, ni sé nada de él:
¡pobre hijo mio!

—Por amor de Dios, señora — repuse tra-
tando de aliviar aquella honda amargura—
no hay que afligirse así: no hay razón para
ello: bien sabe usted que el militar en cam-
paña, aun estando bueno y sano no puede es-
cribir siempre que quisiera y bien sabe us-
ted también que en casos tales las cartas lle-
gan con mucho retraso ó se extravían...

Pero la pobre señora meneó la cabeza sus-

pirando y se fué enju-
gándose los ojos arrasa-
dos en lágrimas.

Quince días después,
en el momento que salía
de mi habitación, vino
casi á echarse en mis
brazos. Y medio riendo,
medio llorando, trastor-
nada por el júbilo, me
dijo:

—Tengo carta de Ro-
mán ¿sabe usted? y car-
ta también de su cor-
nel, felicitándome. Le
han ascendido á capitán
y le han dado una cruz,
una cruz pensionada...

—Sea enhorabuena...
— exclamé conmovido
ante aquella esplendo-
rosa ventura maternal—
¿ve usted como tenía yo
razón al decirle que no
había por qué apurarse
y afligirse?...

—Si, es verdad, tenía
usted razón, pero ¿qué
quiere usted?... soy ma-
dre y siempre estoy con
el alma en un hilo. Oi-
ga... esta tarde se sube
usted á casa después de
comer: le ofrezco á us-
ted una tacita de café y
leerá usted la carta de
Román, de mi capitán
y también leerá usted la
carta de su coronel: Ve-
rá usted como habla de
mi hijo... que elogios
hace de su bravura...
parece que se portó co-
mo un héroe...

Acepté el convite y



¡ Olé las barbianas !

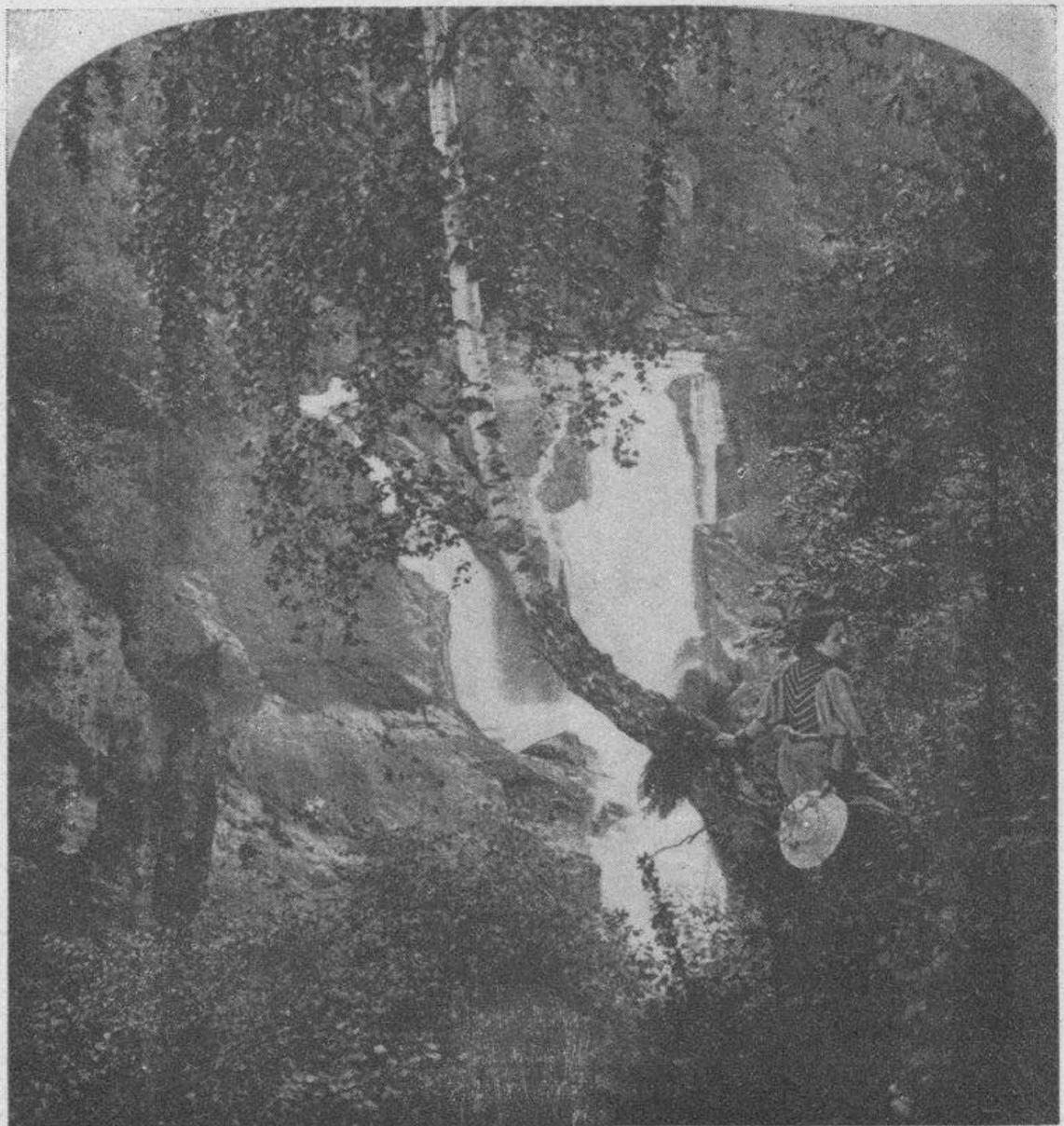


Fuego entre nieve.

tres horas después me encontraba en la habitación modestísima, casi pobre, pero limpia como una tacita de plata de doña Obdulia. Era esta la criada de un militar poco afortunado, que no tuvo más bienes que su espada y su uniforme y no pudo nunca, á pesar de sus méritos y de sus servicios, pasar más allá al tercer galón en la bocamanga. Con la escasa paga de viudedad y con el escaso sueldo del hijo, teniente de infantería habían vivido Román y su madre en amorosa paz hasta que estalló la insurrección cubana. Tocóle al muchacho partir en una de las primeras expediciones y desde entonces vivía la buena señora sola, atormentada por el temor, alentada por la esperanza llorando unos días, riendo otros, absorta siempre la men-

te en el recuerdo del hijo idolatrado.

El pisito era, por decirlo así, un museo formado por el amor maternal. Todo hablaba allí del joven militar, todo evocaba el recuerdo querido del ausente: la pequeña biblioteca de pino llena de libros que habían servido á Román para sus estudios ó que, más tarde, adquirió para ilustrar su inteligencia y amenizar las veladas de la madre y del lujo; la pequeña butaca de reps azul en que se repantigaba el joven oficial al volver del cuartel, esperando el momento de la cena; un sencillo trofeo de armas, colgado de la pared algunos mapas; tras una pequeña vitrina una colección de juguetes averiados y maltrechos, los juguetes que alegraron la infancia del niño... Y acá y acullá fotografías, muchas fotografías: de Román cuando estaba en mantillas; de Román cuando andaba sus primeros pasos; de Román cuando hizo su primera co-



Paisaje en el Tirol, (Austria).

muni6n; de Román cuando entró en el colegio militar; de Román cadete; de Román subteniente; y otros y otros... Doña Obdulia tenia la obsesi6n del retrato: habia mareado á su hijo haciéndole fotografiar á todas las edades y bajo todos los aspectos. El último retrato habia sido enviado desde la Habana y presentaba á su Román vestido de rayadillo.

Sali aquella tarde de casa de doña Obdulia después de saborear un excelente café y de escuchar tres y cuatro veces la lectura de las últimas cartas, la del coronel y la del capitán, en que la buena señora encontraba nuevos encantos, nuevos detalles, que comentaba y glosaba con incansable entusiasmo; y



Bebé.

sali al cabo de tres horas de cháchara, aturrido y á un tiempo emocionado; aturrido por la verbosidad de aquel cariño deudor y expansivo, emocionado por el espectáculo de un amor materno tan profundo.

Un prolongado veraneo me tuvo alejado de mi buena vecina hasta mediados de noviembre. Lo primero que me dijo al verme tras cuatro meses de ausencia fué:

—Dentro de quince días le tendré aquí; ¿sabe usted?... ¡El mismo me lo ha escrito!

¡Y con qué divino gozo chispearon sus ojos al decir eso!...

Transcurrieron las dos semanas, y una noche llamó á mi puerta doña Obdulia y con acento que temblaba de indefinible emoción, me dijo:

—Mañana llega .. mañana.

* * *

Al día siguiente me dirigí al muelle, deseoso de abrazar al bizarro capitán, y de ser testigo de aquella dulcísima ventura que por fin deparraba el cielo á mi simpática vecina. Penetré como pude en medio de la compacta multitud que presenciaba ya las primeras escenas del cuadro luctuoso que ofrece en nuestro suelo el regreso del soldado.

Surcaban las golondrinas el tranquilo espejo de la mar inm6vil, atracaban junto á las escaleras y entonces veiamos desembarcar el sombrío cortejo y desfilar la triste procesi6n de los repatriados descoloridos, anémicos, convertidos en pobres esqueletos que animaba un postrero soplo de vida. Algunos llegaban agonizantes; al pisar la tierra natal, pisaban la tumba que dentro de poco habia de guardar sus restos.

Mis ojos se fijaban principalmente en los oficiales que iban descendiendo; en ninguno de ellos reconocía á Román. En cambio, no tardé en distinguir entre las primeras filas de la multitud el rostro pálido, contraído por la ansiedad de doña Obdulia:

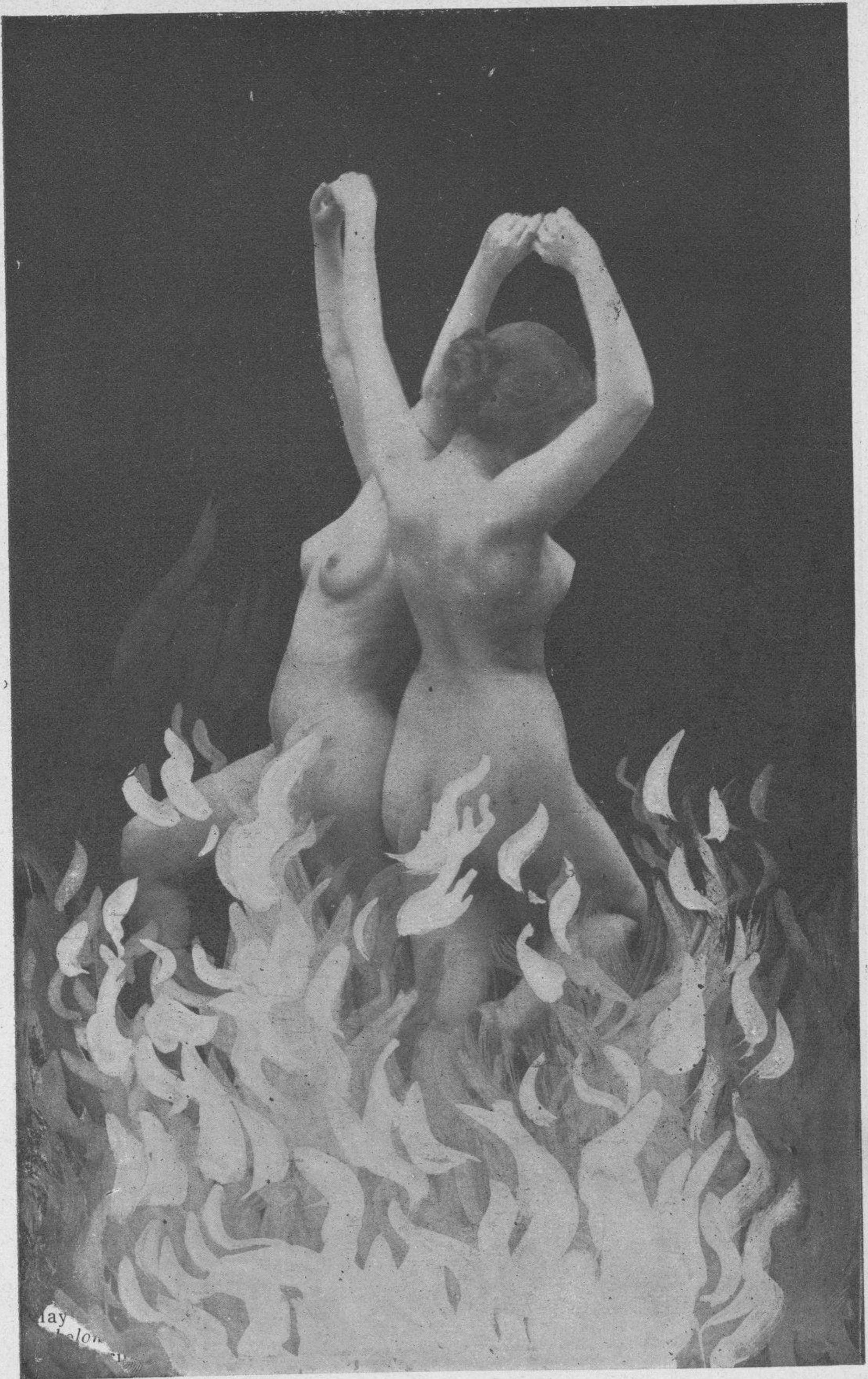
—Dígame, buen amigo, —preguntéle á un sargento que acababa de desembarcar y pasaba junto á mí— ¿no ha llegado en este vapor el capitán don Román Balastrino?

—¿El capitán Balastrino? —interrogó á su vez el sargento mirándome de hito en hito— ¿es acaso usted su hermano, algún pariente?

—No; un amigo simplemente.

—¡Ah!... pues rece usted un padre nuestro por su alma: El capitán embarcó algo enfermo, empeoró durante el viaje y hace cinco días echamos su cuerpo al mar.

JUAN BUSCON



Purgatorio



Alegoría.



Señoras golondrinas.

El gordo

(Artículo oportuno en vísperas de Navidad.)

El premio gordo es el tema de estos días; por todas partes anda confundido.

Va uno al café, y mezclado con el ron, pongo por caso, ú otro licor cualquiera, le *sirven* á uno su correspondiente ración de premio gordo; va uno al teatro y hasta allí en los pasillos se *comenta*; á un círculo cualquiera y... lo mismo; en fin, que es cosa de no ir á ninguna parte, sin oír hablar en todas ellas, del premio gordo.

Don Nicomedes, el vecino del tercero, me detuvo el otro día en la escalera.

— ¿Lo sabe usted? — me dijo, con aire de triunfo. — Este año juego el todo por el todo. ¿Cuánto dirá usted que he puesto en la lotería de Navidad?

— ¡Psch! Yo que sé...

— Pues ciento cincuenta pesetas — contestó con tono enfático y acentuando una á una sus palabras.

Y esto dicho *apretó* el paso y desapareció.

Hay otros menos *rimbombantes*, aunque más *bolonios*, que se contentan con prometer un par de cirios al santo tal ó cual, creyendo de buena fe que con ello van á salir *irremisiblemente* premiados.

A los de esta *secta* pertenece doña Gertrudis, la esposa de un cesante de loterías, que jamás se descuida de prometerlos, aunque, á pesar de todo, nunca ha podido sacar la pobre más que el dinero del bolsillo.

— Pero señora, — le dije en cierta ocasión — no comprendo como puede usted creer semejante tontería.

— ¿Tontería? ¿Y á esto llama usted tontería? — me contestó. — Pues bien, en prueba de que no es tal, y para que usted se convenza de lo mucho que en la suerte influyen mis prácticas, le diré tan sólo, que si el año pasado no salimos premiados, fué únicamente porque el número que teníamos se diferenciaba *del gordo*, ¿en cuántos puntos dirá usted?

— ¿En cuántos? — pregunté yo.

— Pues ¡en once!

Y esto dicho, tomó las de Villadiego.

Hay otra clase de *séres* que les da, por si entra en el número un siete ó un ocho, un cinco ó un cuatro, un cero ó un nueve.

Los pobres vendedores de billetes, aunque no lo parezca, son los que pagan siempre tan extraña manía.

La Saeta

Una señora *decentemente vestida*, entra en una administración de loterías.

— ¿Tienen ustedes *décimos de Navidad*? — pregunta al empleado.

— Sí, señora, — le dice éste. — Los hay desde primero de mes.

— Pues, entonces, vea usted si tiene uno con dos ó tres sietes por lo menos.

Y el empleado, después de haber buscado y removido todo, le enseña el 00.377, que copio yo *textualmente*.

— Demasiados ceros — dice. — Si no hubiera tantos me lo quedaba.

— Pero, señora, si no hay ninguno, si estos de la izquierda, no forman parte del número — respondió el empleado en tono de protesta.

— ¡Que no forman parte! ¡Por algo los ponen hombre, por algo los ponen! Pero, en fin, vea usted si nunca ha salido premiado un número que empieza con ceros. ¡Lea usted todas las listas habidas y por haber, y no



Ejercicios en el torniquete.

encontrará en ninguna de ellas, ni tan siquiera un número con tales condiciones!

Y después de haber mareado por completo al pobre diablo se *larga* de allí, sin comprar ningún número, ni pedir perdón por la molestia.

Pero lo mejor de todo, son los innumerables castillos de naipes que al aire se *edifican* estos días.

— Fermin — dice una *cándida* niña a su esposo — ¿a qué no adivinas lo que he soñado esta noche?

— Ya lo sé. Que tu *mamaita* me estrangulaba, ¿no es verdad?

— ¡Quiá! Eso nó. Otra cosa más importante.

— ¡Caracoles! Más importante aún.

— Sí. He soñado que nos había caído el premio gordo. Eramos ricos; teníamos coche, caballos, palco y que sé yo cuantas cosas más. Con que, chico, alegrarse porque lo que yo sueño, suele convertirse luego en realidad.

— ¡Santo Dios! Y pensar que nunca soñarás a mi suegra cayendo de la torre Eiffel.)

Quien con el premio gordo piensa ir a París, quien a Londres y quien a cualquier otro punto.

Y luego ¡cuántas *esperanzas perdidas!* como diría cualquier filósofo.

RICARDO CLARET



Ejercicios en el torniquete.

El mal del rey de Erzerum

(Cuento que tiene narices)

Cuentan que, allá por los años mil, hubo en Erzerum un rey bueno, justo, amante de sus vasallos y, sobre todo, muy dado á las ciencias. Pasó gran parte de su vida dedicado á ellas, y tuvo empeño y mucho afán para conocer la naturaleza humana. Fué gran anatómico, buen fisiólogo y más que mediano clínico: mas no se conformó con estos conocimientos: no le bastó saber la composición, forma y situación de los órganos que componen el cuerpo humano, ni cómo desempeñan las funciones que tienen asignadas, ni cómo éstas se alteran para dar lugar á las enfermedades. Y dió en la más extraña manía que han visto los siglos.

Dijo: — Si los hombres están sujetos á pasiones, si tienen vicios y virtudes; si unos son buenos y otros malos, es porque su cuerpo está organizado para el bien ó para el mal: luego sus órganos y sus humores, deben funcionar de modo opuesto.

Y firme en esta idea, no perdonó gasto ni sacrificio. Y aquel rey bueno, justo y amoroso, derrochó grandes sumas de dinero y cortó en flor muchas vidas, impulsado por el malsano afán.

No perdonó ninguna experiencia, por bárbara que fuese, acudió á toda clase de reactivos, y usó hasta el microscopio (que entonces también había, aunque se perdió después, probablemente cuando

se perdió la bicicleta). Todo fué en balde: ni las finas disecciones, ni los más complicados aparatos, ni los reactivos más sensibles, ni los mayores aumentos le dieron la clave del misterio. Los vicios y las virtudes, encastillados en sus escondrijos, no quisieron darse á ver, con lo que proporcionaron á S. M. tan grave disgusto, que desde entonces cambió su carácter hasta el extremo: volvióse iracundo y receloso, taciturno, pensativo y los médicos de la corte le dieron por atacado de hipochondría y agotaron sin éxito, el caudal de sus remedios.

Diéronse, al fin, pregones prometiéndole montes y mares á quien curase el mal del rey: viéronle médicos y curanderos, brujas y saludadores, dió cada uno su plan, y no hay que decir como quedaría el

pobre monarca con tantos untos y brevaes, ensalmos y amuletos; pero es cierto que iba de mal en peor, y cada día estaba más flaco, triste y amarillo.

Ya desconfiaban de salvarle, y los cortesanos volvían su rostro hacia el príncipe heredero, cuando un día llegó de luengas tierras un anciano venerable, tan viejo como el mundo, cano, achacoso y encorvado.

Vió al rey: hiciéronle la historia del mal que padecía, y dijo con voz reposada: — Yo prometo curar á S. M.

Alborozáronse los cortesanos, y por la cara del rey, pasó rápida como un relámpago, una ráfaga de alegría, que animó aquella figura de momia.

Después, con su indolencia habitual, rígido el semblante y con habla monótona, preguntó al anciano: — ¿Cuántos años tienes?

Y respondió aquél: — Casi tantos como la humanidad.

— ¿Dónde has nacido? — En una ciudad que llaman *Experiencia*. — ¿Y te llamas? — Desengaño. — ¿Cuál es tu oficio? — El de hechicero. — ¿Adivinas? — No, señor; vivo de recuerdo, y al evocar el pasado presumo el porvenir. — ¿Y piensas curarme? ¿Crees poder enseñarme lo que yo no he hallado, después de gastar mucho tiempo y muchísimos caudales? — Así lo espero, señor: y si vuestra majestad lo quiere, podemos empezar enseguida los experimentos.

— A ver, — dijo el rey: — ¿no hay entre vosotros, quién quiera servirnos para esta prueba?

Más los cortesanos estaban casi serios y encogidos, amedrentados por la extraña figura del hechicero, que parecía querer comerse los ojos. Entonces el rey se



Así es la belleza; basta un scplo para destruirla.

volvió hacia ellos y con voz enternecida dijo: — ¡Oh, tú mi buen Ashur, [mi favorito de siempre, el amado de mi corazón, arca de mis confianzas y fuente sellada de mis secretos más graves! ¿Dejarás morir á tu rey, á tu amigo?...

No pareció halagar al buen Ashur la elección; así, con una sonrisa que parecía una mueca, y haciendo reverencias semejantes á convulsiones, se adelantó hacia el trono, y besó una mano al monarca en señal de aceptación.

Mandó el anciano despejar la sala, y á Ashur que se quitara las ropas; y cuando le vió desnudo, púsose delante de él mirándole con gran fijeza. De sus ojuelos grises, salían rayos de una luz blanca

y extraña, que envolvían al favorito como la araña á la mosca, como la atmósfera á la tierra. Y—¡efecto prodigioso de aquella imperiosa y fría mirada! — el pobre Ashur quedó inmóvil, con los ojos abiertos y el terror pintado en el rostro.

—Ya está, señor, preparado el sujeto. ¿Qué deseáis ver en él?

— Quiero — contestó el monarca, — desentrañar las virtudes y los vicios: quiero ver donde se albergan el amor, la gratitud y la fe; donde la envidia, la ira, la murmuración, la hipocresía...

—Pues mirad con toda la fuerza de vuestros ojos.

Y el hechicero volvió á colocarse delante de Ashur, á quien envolvió con doble fuerza en la red luminosa que despedían sus ojuelos, á tiempo que, alargando sus brazos flacos y amarillos, con voz imperiosa, dijo:— ¡Mentira, cólera, envidia, gula, lujuria, ambición, ingratitude, hipocresía... salid, salid de vuestros nidos y arrastrad en vuestra salida, los órganos que os sustentan!

Y vieráis entonces el caso más prodigioso, la más inaudita cosa que han soñado los poetas!

Del cuerpo de Ashur, caían con sordo ruido los órganos asiento de las pasiones, que el hechicero ^{se} ^{des} ^{com} ^{braba}: trozos de cerebro, el ^{que} ^{el} ^{est} ^{ómago} ^é ^{intes} ^{tin} ^o, el corazón....

se cuando llamó á la hipocresía, el desmoronamiento fué universal: el resto del cerebro, la piel, los músculos y todos los sentidos cayeron al suelo de un modo apresurado; hasta el esque-



Modernismo

leto quedó doblado y encogido, como si hiciera cómica reverencia. Cuando el infeliz rey vió esto, se quedó como un difunto: perdida la color, trémulo el gesto, sin poder en buen rato decir una palabra. Al fin, entre suspiros y congojas, con voz llorosa y quebradiza, dijo: — Basta ya, ¡oh, Desengaño! déten la fiera prueba, no más me martirices.



Modelo

Stebbing

— ¡Cómo, este buen Ashur, mi amor, mi fe, mi esperanza, no era más que un montón de mentiras, el más falso y traidor de todos los hombres!... ¡No quiero ver más; ya estoy curado! Más no te vayas sin decirme ¡oh, viejo hechicero! una cosa que me interesa mucho dime: ¿tan malo era mi favorito que sólo malas pasiones tenía? ¿No había en él algo de bueno, grande y generoso? — Sí, algo de eso tenía; mas como no he llamado á las virtudes, aun están en su nido. Mirad, señor, están en las narices.

Pero el buen Ashur, era rematadamente chato.

Creedme — porque es fama, y así está consignado en los viejos pergaminos de donde este cuento tomo: — desde aquel día, se curó de su melancolía el rey de Erzerum.

Se curó; pero su cuerpo se arrugó y encorvó hasta tierra, y su cabello encaneció, y perdió su mirada, el brillo y la alegría de la juventud: sanó de la hipocondría y enfermó de vejez.

¡Pobre rey de Erzerum!

LUIS DE BURGOS

Político al uso

Empezó, de la plebe amigo ardiente, perorando en estilo dantoniano, y en lucha desigual contra el tirano ganó fama de audaz y de elocuente. Vacilar sus ideas luego siente, que no es su alma de temple catoniano, y del pueblo abandona el culto sano para arrimarse al sol que más caliente. Al fin premiada vió su apostasía, que en discurso pomposo y falaz dora, con la poltrona en que soñara un día. Y aunque es su fe civil blasfemia impía, ¡qué religiosamente cobra ahora la pingüe y codiciada cesantía!

VICTOR GARCIA ROBREDO

Rimas

Al mirarme de ti separado,
cien leguas por medio
sólo puede calmar mi amargura
tu grato recuerdo.
Mas pensando en tu amor no te extrañe es
que viva muriendo,
pues me faltan tus locas caricias,
tus besos de fuego.

—
¡Qué me importan tus duras palabras,
tus fieros enojos;
si á la par que me ofenden tus labios,
me besan tus ojos!

DIONISIO GOMEZ



Cuentos y picardías

Pues señor... érase que se era uno de esos caballeretes, que aprovechan los ocios para cortejar, no digo á una dama bonita, sino á cualquier macho de escoba, largo y estirado, con tal de que lleve faldellín.

El tal tenía en punto á enamoramiento una historia desastrosa; el burlador de Sevilla resultaba niño de teta al lado suyo: mujer que veo, mujer que quiero, y mujer que quiero... no caían todas, naturalmente, porque no todas eran pajarillos tontos, de los que acuden al reclamo del cazador, pero en fin no podía quejarse el hombre de la pesca.

Era de tipo gallardo, y el uniforme de capitán en sus mocedades, de coronel en las postrimerías brillantes de una juventud que se conserva con mejunjes, palitroques y otros subterfugios, le hacía parecer esbelto.

Habrán ustedes notado que hablo de época remota, de la época en que los militares podían muy bien haber incluido en la ordenanza un artículo que hablase de sus derechos de conquista en los dominios de las hembras... Esos tiempos están ya muy apartados. Lo que quiero decir es que el coronel era, á sus verdes años, tan ordenancista como enamorado.

Pues señor... el coronel, que además de las tres estrellas en la bocamanga podía ostentar el título de barón de la Selvaroja, fué para asuntos del servicio al pueblo de Kirst. en la provincia... en la provincia... ¡caramba, pues se me ha olvidado la geografía de repente! Y allí, que es lo que importa, vió á Florindita la bella, como la llamaban en todos los andurriales. Una mujer guapa, de las que sorben el sexto sentido. El coronel no lo tenía, pero con todo, no pudo resistir... ¿Y qué hizo? Florinda era zafia luga-

reña, y no podía el coronel malograr su brillante porvenir, tanto más seguro cuanto que no le había dado la ventolera por arreglar ninguno de sus amoríos con el casorio. Así es que la enamoró á lo don Juan, con el objeto de que sus ternezas fueran ternezas de destacamento, esto es, sujetar á relevo, á lo efímero de una guardia transitoria. Pero ocurrió que Florinda, además de zafia era muy lista, y adivinando la intención, dijo: «móntate en las narices y verás á todo tu regimiento». Con los desdenes de la niña, el amor del coronel creció de modo que era comparable á un incendio y tan en lo vivo fué el dar, que loco rematado, pensó en lo que nunca aceptara, ni aun como burla pueril. «Esa mujer ha de ser mía á toda costa.»

Y la costa de la posesión fué, por buenas composturas, el matrimonio.

Pues, señor... el coronel, ya casado, fué á mandar un regimiento que estaba de guarnición en... en... ¡calle, pues estoy yo fresco hoy en citas á lo Reclus! en cualquier parte; no faltan guarniciones, lo que escasean ya son pueblos que guarnecer. Y... es claro, toda la oficialidad se presentó al jefe, y (lo que es más terrible para un militar mujeriego y enamorado), le amenazó con la inevitable irrupción de esposas, que «irían á ofrecer sus respetos á la coronela».

¡Cristo, qué hacía con su Florinda! Porque la lugareña estoy seguro que se rascaba y le caían bellotas, tan lugareña y tan zafia seguía, aunque también tan hermosa, ¡pero tan hermosa! Nada, que era diamante en bruto. El coronel la instruyó cuanto le fué posible en los usos y costumbres de la sociedad; le soltó un credo de cumplidos, y santiguándose devotamente, aguardó la visita.

Florinda, que era, eso sí, voluntariosa y sufrida, fué y salió



del compromiso como Dios y la letanía de su esposo le dieron á entender; pero á la hora, agotado el repertorio de latines, que tal eran los cumplimientos aprendidos de memoria para ella, empezó á bostezar, á las dos sentía deseos de coger una escoba para barrer á su tertulia, y á las tres...

Pues, señor... que á las tres horas justas y cabales el coronel recibió un pliego urgente, y en ese pliego, por si Zumalacárregui arriba, ó Zumalacárregui abajo, se ordenaba á todo el regimiento trasladarse á... á... ¡Dios mío! ¿para qué habrán inventado los geógrafos la geografía? No recuerdo sinó que era un sitio muy frío y de mucha nieve.

Dijo el coronel á sus contertulios: «vaya, me alegro de verles reunidos; no hay tiempo que perder; mañana al rayar del alba, toque de botasillas... digo, llamada y tropa, pero es lo mismo, porque temo que esos barbianes han sido más urgentes que el gobierno, y nos roen ya los zancajos».

Pero la buena es la que se armó en el otro grupo. Ya saben ustedes que el elemento femenino militar es elemento neutro; es decir, que son capitanas, comandantas y demás, y que hablan siempre de gratificaciones, de consejos de guerra, de acuartelamientos y hasta del pienso de los caballos. Hay coronela que dice: «cuando estuvimos en la acción de Cantavieja...» y ella, como entonces su marido era sargento, y corría mucho, no tenía horas bastantes para remendarle calcetines. Pues bien, todas aquellas señoras se enteraron de la marcha precipitada del regimiento, como si supieran que en el piso de abajo había un depósito de petróleo en combustión, y allí fueron de oír las lamentaciones de Jeremías y las sátiras contra el gobierno. Si es ahora, y Sagasta lo oye, echa mano de su morrión de milicianos, digo, nó, ¡qué torpe estoy también en historia! de toda la fuerza disponible de bomberos para apagar aquel incendio. El caso es que todo se volvía: mi coronela ¿ha visto usted qué infamia?— ¡Le parece á usted mi coronela, ¡cómo si tuviéramos los sueldos del gran visir de todas las Rusias!— ¡Cómo si nos comiéramos nosotras la gratificación del pienso, mi coronela!— ¡Más valdría que nos aumentaran el fondo económico, mi coronela!— ¡Pero mi coronela, si por lo menos nos dieran una indemnización!

Y tanta coronela fué y tanta coronela vino, que Florinda que no contaba con semejantes kiries, pues el coronel no los incluyó en su rosario, sintiendo que se le iban todos los alifafes de señora y despertaba su naturaleza montaráz, repuso:

—Lo que digo yo es que nos debieran dar... á nosotras las coronelas, comandantas y otras jefas, dos puntapiés en punto á propósito. Yo voy donde va mi marido, mientras tenga que cocinarle ó remendarle los calzoncillos y lo demás, ¡pamplinas y armas al hombro!

Excuso decir, lo que ocurrió: el coronel salió á la mañana siguiente para su destino, y á los dos días para el retiro que pidió, porque continuaba enamorado de su rústica cuanto cara mitad.

JOSÉ SELMA ORTIZ

Rimas

Mil y mil veces su mirada ardiente
me ha confesado su profundo amor,
mil veces me ha brindado sin decirlo
su tierno y amoroso corazón.

La saludo cortés, y cuando unidas
nuestras manos están,
siento que aprieta llena de vehemencia
con nervioso temblar.

Yo la adoro también, pero no quiero
que sepa como está mi corazón,
porque es mujer y temo que se ría
cuando conozca mi profundo amor.

RUILOP



Lise Fleuron.

S. elbing

Jacinto era un misterio, un jeroglífico humano de solución tan dificultosa que, por mucho que los médicos, sus amigos y hasta sus padres, habían querido encontrarla, no lo lograron: un extraño caso de neurosis, de vesania, de congestión del cerebro, de lo que quiera llamarlo el erudito lector cuando conozca la singular manía de mi personaje.

Cuando le conocí, precisamente por aquella característica suya que le distinguía de sus iguales, á semejanza de como una mosca sin alas se diferencia de otra poseedora de los tales apéndices, me sugestionó aquel hombre, decidiéndome, al igual que todos, á indagar la solución del laberíntico problema. Valga la copia: cuando intimé con Jacinto Penumbra, le atribuí, como el novelista Alarcón al Lázaro de su *El escándalo*, una cualidad que le venía de perlas: Penumbra, como Lázaro, era un hombre sin plural.

Decíanse de Jacinto infinitas supercherías: á boca llena se le tildaba de brujo, alquimista ó poseso. Para satisfacer mi curiosidad, hice que me presentaran á Jacinto. Y en vez del ente hurano, tétrico y sombrío que yo había pensado encontrar, topé con una persona sobrado discreta y educada para que nuestra entrevista fuera deleitosa, fluyendo la conversación con naturalidad, sin que él se diera por ofendido ni yo lamentara la visita.

—Vamos á ver — me dijo, pasada una hora de mi permanencia en su casa — y perdóneme si no encuentro otra frase más dulce en el elenco de las mías. ¿Viene usted como espía de los otros?

—Rechazo el calificativo; no vengo como espía de nadie, sinó con intención y por voluntad propias.

—¿Y ha formado usted ya juicio sobre mí?

—Cabal y veraz á mi ver.

—Entonces no creo que me tache usted de mago, ni de Cagliostro en miniatura, como la mayoría de los necios habitantes de la villa.

—¡Oh, nó! De eso tenía yo la seguridad antes de venir aquí. Hoy no creemos más que en la habilidad, puramente mecánica, de los Hermann y los Robert-Houdin.

—Gracias por su buena opinión. Pues bien, ve usted que son las cinco y media de la tarde: el sol, mi amigo leal, se lleva por Occidente su paleta esmaltada de tintas de zafiro, ópalo y topacio; queda un momento meditabunda toda la Naturaleza, platicando después breves instantes con ese melancólico joven de mirar errátil que se llama crepúsculo, y entonces, ó viene la luna para reducir á sombras al enamorado, ó el cielo se atiborra de nubes plomizas y negras que traen aparejados los relámpagos y los truenos, con la lluvia granizosa que abofetea el rostro sin piedad y fertiliza los campos cuando no los agosta y los hierde de muerte. Ve usted; todavía soy un hombre cuerdo que encadena las ideas con las palabras y con éstas el titular de la lengua; espérese hasta dentro de una hora, hasta que oscurezca por completo y será usted de los pocos que



La quironancia.

hayan contemplado mi transformación; me verá desnudo de mi traje de sensatez y adornado con la mísera hopa del terror. Cuando usted guste se marcha sin despedirse siquiera, porque mi estado deplorable en esos momentos olvida la más elemental fórmula de cortesía, dándole á usted igual derecho.

Se lo prometí solemnemente, me acercó una taza de Moka, que es su bebida favorita, y un cigarro, y permanecimos mudos durante unos momentos. Jacinto tenía apoyada en los labios, sin beber, la taza de café y con ojos espantados inspeccionaba el cariz del cielo que, en aquellos momentos, oscurecía ya con tonos de luto.

—Ya viene la maldecida esa con toda su muchedumbre de crespones grises y negros. ¿Le ve usted? Dígame con entera franqueza, si la noche no produce odio y hace germinar venganzas. ¿Conoce usted á Homero?

Diciendo la pura verdad, le respondí que sólo levemente.

—Lástima grande, porque era mucho el genio de aquel hombre y todos debíamos saberle de memoria. Ese ha pintado de mano maestra uno de los héroes de su regio poema épico. Me refiero á Ajax; Ajax que, como yo, aborrecía la noche y la tenía terror pánico...

Aquí se interrumpió, dejándome sin previa venia, durante poco tiempo. Momentos después surgió un punto luminoso en un ángulo de la habitación en que reinaban las tinieblas, y contemplé á Jacinto

con una cerilla en la mano que aplicaba á la mecha de un quinqué de bronce que descansaba sobre una mesa.

— ¡Bendita sea la luz por los siglos de los siglos!

Volvió á ocupar su silla frente á mí y á sorber un trago del africano brevaje.

— Decía á usted antes — continuó — que Ajax aborrecía la noche. ¡Oh, era un hombre! Yo también, desde esa edad de los ocho años en que la razón tiende su ganchito sujetando el nervio óptico, desde entonces aborrezco las horas en que es ella enlutada reina y dominadora de la mitad de la tierra. ¡Si usted supiera los golpes y las lacerias que he sufrido por virtud de este invencible miedo!... Cuando niño, reprimiendas ágrias, reflexiones suaves y cariñosas, fervorosos ruegos por parte de mis padres; todo en vano: en los colegios chanzonetas y agravios de mis condiscípulos que yo devoraba durante la noche, porque ni la dignidad me fortalecía, ni los músculos me ayudaban. Pero cuando llegaba el día y con él el reinado del astro rey, al igual que los arbustos mustios por la nieve de la madrugada reviven con los primeros rayos del sol, así mis rencores desarrollaban su germen antes cohibido y me tomaba venganza. No se imagine usted que esa poquedad que pinto reconocía como causa temor á trasgos ni á brujas: los aparecidos no me han amedrentado jamás, porque no ha enturbiado nunca mi conciencia cristalina el menor asomo de remordimiento, sinó que es terror ingénito y puro hacia la noche únicamente, hacia la atmósfera atezada con luciérnagas á millones de leguas, hacia el cielo privado de los endmoramientos de la luz solar...

El amigo Penumbra sacó medio cuerpo por el balcón y calló otra vez, para mirar de nuevo en dirección al termómetro de sus desdichas graduado en la bóveda celeste.

— ¡Siempre obscuro! — murmuró tristemente.

Se le desencajaron los ojos y bailó todo su cuerpo á impulsos de un calofrío violento.

— ¡Me ahogo! ¡me ahogo! — me dijo, poniéndome una mano sobre el hombro y atenzándole vigorosamente. — Yo no respiro aire atmosférico; mis pulmones ambicionan luz, mucha luz. Voy á buscarla.

Y haciendo igual operación que antes, encendió dos arborantes que se empotraban en la pared; después, no satisfaciéndose con esto, produjo la combustión de una gran lámpara que colgaba del centro del gabinete.

— ¡Hermosa llama; mas la luz difusa, escasisima! Fíjese usted en los rincones y allí tiene usted á mi implacable enemiga, la sombra, que pugna por llegar hasta las luces para apagarlas.

Como la calentura va minando poco á poco el cerebro del tifoideo hasta hacer surgir el delirio, así aquella fiebre de la noche iba ligando los sentidos de Jacinto, forjándole fantasmas sugestivos que él creía existían en realidad. Ya no se sentó, limitándose á recorrer á grandes trancos y en todas direcciones la habitación.

— Volviendo á mi tema — prosiguió — la noche es la protectora de los criminales...

— Y de los enamorados... — dije yo para ir calmando su excitación.

— Unos criminales también, aunque en determinado orden de ideas. Quedamos en que protege gallardamente cuantos delitos se perpetran. A presencia del sol, no hay quien me quite á mí, impunemente, ni la vida, ni una pieza de dos cuartos; en cambio, en estas horas de cerrazón del cielo, en que parece fotófoba la Naturaleza, el más débil se atrevería conmigo, en la convicción de que yo mismo desataría los cordones de la bolsa ó pondría á su disposición mi garganta. Durante la noche va el garrudo león á buscar las infelices gacelas al abrevadero más próximo: Nerón, el juglar, incendió á Roma de noche, porque el día no se prestaba á la realización de sus nefarios deseos. Con la historia en la mano multiplicaría los ejemplos; pero ¡no puedo! ¡me moriría de seguir así!...

Le vi caer sobre una butaca y, creyéndole desmayado, me acerqué á él para auxiliarle. Antes de que me cerciorara de su estado se rehizo impetuosamente y corrió á encender una nueva cerilla que aplicó á otra lámpara, tornando luego á sentarse con la vista en las luminarias todas.

La cantidad de luz era tan excesiva y el calor tan sofocante, que pasado largo rato intenté alejarme del hombre sin plural.

No me vió, ni sintió el ruido de mis pasos, y quise desaparecer sin ser visto. Cuando traspasaba el umbral de la puerta, el vigilante guardián de un corral vecino lanzó al viento su brillante cavatina modulada en brillantes ki-ki-ri-quiies.



— ¡Que vengan los bárbaros!

Jacinto Penumbra dió un salto de felino, quedando en pie; acercóse con tiento á la ventana y le oí dar un gruñido de alegría.

—¡Oiga! ¡oiga! — me gritó al percibir mi huída. — Asómese usted aquí y mire la salida de la aurora. ¡Qué hermosura! ¿verdad?

Efectivamente; el pedazo de cielo que limitaban los tejados, aparecía como una extensísima faja cenicienta.

—¡Eureka! ¡Dentro de un par de horas saldrá de paseo mi amigo...! ¡Fuera el ropaje de miedo y á ponerse la vestimenta de cordura y sensatez! Un día felicísimo amigo mio.

Cuando escapé, Penumbra, tendido sobre el pavimento, roncaba sossegadamente, mientras la luz artificial espiraba con el albor en aquel bátraco improvisado.

MARTÍN DE LA CÁMARA

MISCELANEA

AVISO IMPORTANTE

Agradecemos de todo corazón el interés que se toman algunos señores, preguntándonos con insistencia por el NUMERO EXTRAORDINARIO.

Si yo les hablara de lo que en él se encierra, privaríales de la sorpresa que indudablemente constituye para nosotros uno de los mayores encantos.

Lo que desde luego les aseguro es que hemos puesto de nuestra parte cuanto humanamente ha sido posible, y aun acaso, acaso, un poco más para complacer á un público tan amable, tan discreto, tan constante como el nuestro.

El NUMERO EXTRAORDINARIO va profusamente ilustrado, y estoy seguro de que han de aplaudir ustedes el gusto y la elección: de la parte literaria, no hay que añadir palabra. La historia periodística nuestra, y sobre todo el tomo que con el próximo número queda cerrado, dicen más que cuanto pudiéramos encarecer: creemos haber escrito uno de los periódicos más literarios de España, sin vanagloria lo decimos: si les ha halagado á ustedes, si ha sido ameno, ustedes dirán: á nosotros nos satisface el imponderable aumento de tirada que progresivamente hemos tenido que hacer. El NUMERO EXTRAORDINARIO llevará, pues, artículos de firmas reconocidas (no de las de falso propel, que hay muchas) y de mérito indiscutible.

En cuanto á las condiciones materiales, repito á los corresponsales que por el NUMERO EXTRAORDINARIO tendrán que abonar 40 céntimos de peseta, vendiéndose á dos reales para el público.

—*Todo es según el color del cristal en que se mira.* —
Esto meditaba Elvira recordando á Campoamor. Más, Irene, alegre ehica, linda, de ilusiones llena, y sin saber lo que es pena, le dice: — Esto, nada indica ni viene al caso la cosa, en conjeturas te pierdes, Yo, aunque lleve gafas verdes lo veré, color de rosa.

M. L.

Negaba un ladrón ante el tribunal un robo, y le dijo el juez:

—Es inútil temeridad negar. Podemos presentarnos seis testigos que dirán que presenciaron el delito.

—¿Y qué? replicó el ladrón, yo puedo presentar seis mil que dirán que no lo presenciaron.

Es muy honrada la Baltasara,
No ha de serlo, con aquella cara...

CHARADAS

I

Guarismo *prima tercera*
la *segunda* musical,
una ocupación el *todo*,
letra *prima* y no vocal.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.

II

Prima prima, masculino.
Todo producto frutal,
dos segunda, femenino
y *dos prima*, polvo fino
que produce un vegetal.

LUIS LÓPEZ DE LOME.

Logogrifo numérico

| | |
|-------------------|----------------------------|
| 2 4 5 8 | Población de Valencia. |
| 2 8 2 | » » Huesca. |
| 1 7 2 | » » Teruel. |
| 2 1 3 2 | » » Almería. |
| 2 6 2 4 9 | Nombre de varón. |
| 2 4 7 3 2 | » » mujer. |
| 1 5 6 1 2 | Calle de Barcelona. |
| 3 3 2 4 9 | » » » |
| 6 2 3 3 2 | » » » |
| 2 3 2 8 5 | Población de las Baleares. |
| 1 2 3 4 5 6 7 8 9 | Nombre de varón. |
| 1 2 8 1 2 8 2 | » » mujer. |

K. MARÁ.

Cuadros combinados

| | |
|---------|---------|
| * * * * | * * * * |
| * * * * | * * * * |
| * * * * | * * * * |
| * * * * | * * * * |

Substituir las estrellitas por letras, de modo que leyendo horizontal y verticalmente, resulte en ambos cuadrados, 1.º, dos cuadrúpedos; segundo, en la baraja; 3.º, dos nombres sustantivos, y 4.º, dos verbos.

ANTONIO BENDICHO.

Jeroglífico Comprimido

| |
|-------|
| 7 2 9 |
| 1 3 5 |
| 8 6 4 |

J. PEÑUELA.



20 cents.

Núm. 423

